936-1

Miguel Aylwin Gajardo (1889-1976)

Figura ejemplar de la magistratura chilena.



En San Javier, el 29 de abril de 1889, nació Miguel Aylwin Gajardo, hijo de Ricardo Aylwin —descendiente del inglés Ricardo Patricio Aylwin, que en el siglo XVIII se radicara en Constitución— y de Domitila Gajardo.

Ricardo Aylwin era Oficial del Registro Civil de San Javier. Al término de la guerra civil de 1891 fue separado de su cargo y encarcelado por haber sido partidario del depuesto Presidente Balmaceda. La visita que, llevado por su madre, hizo el niño Miguel a su padre en la cárcel, hecho seguramente relatado con frecuencia por sus familiares, fue reminiscencia que perduró a lo largo de su vida.

Antes de cumplir cinco años, los catorce hermanos Aylwin Gajardo, de los cuales Miguel era el penúltimo, quedaron huérfanos de padre y madre al fallecer éstos con pocos meses de diferencia. Distribuidos sus hermanos en los hogares de tíos y abuelos, quienes se encargaron de su educación, Miguel debió partir a casa de sus abuelos maternos, Miguel Gajardo y Trinidad Fernández, dueños del fundo Culenco, en Putú, lugar situado a unos veinte kilómetros al Norte de Constitución. Trabajador, campechano, exigente consigo mismo y con los demás, el abuelo inculcó desde pequeño a su nieto hábitos de trabajo y disciplina, asignándole tareas en las labores campesinas de las cuales le exigía cumplida cuenta. Cuidador de quesos, de pavos y de yeguas trilladoras, fueron oficios que el niño "Caña Hueca" —como lo llamaba el abuelo, tal vez por lo hablador— desempeñó en Culenco, lo que hasta su vejez recordó con cierta nostalgia y buen humor. En esas labores compartía, fraternizaba y hacía las picardías propias de su edad, con los hijos de los trabajadores, que eran sus amigos.

En los inviernos, Miguel vivía en Constitución con su abuela Trinidad, con quien rezaba todas las tardes el rosario familiar. Allí aprendió las primeras letras, en una escuela del lugar.

Estudiante solitario en Santiago

Antes de cumplir once años, esa etapa bucólica de su vida concluyó. Sus abuelos lo enviaron a Santiago a estudiar, interno, en la Escuela Normal de Preceptores José Abelardo Núñez, establecimiento prestigiado por la calidad de sus profesores, muchos de ellos venidos de Alemania. Solo, sin conocer a nadie, con una carta de presentación para una familia amiga de sus abuelos —que lo acogió hospitalariamente—, viajó a Santiago en diciembre de 1899, a fin de rendir los exámenes necesarios para su admisión en dicha Escuela en marzo siguiente.

Admitido en ella, Miguel Aylwin fue un alumno aventajado que destacó por su notable inteligencia y espíritu de estudio. Lejos de su familia, su mundo era la escuela, sus profesores y compañeros, con quienes compartía estudios y juegos. Salvo las visitas que muy ocasionalmente hacía a los amigos de sus abuelos que lo habían recibido a su llegada a Santiago, permanecía en la Escuela incluso los domingos y festivos, como otros niños de provincias. Su gran afición era jugar fútbol y salir a dar vueltas a la Quinta Normal y a la Estación Central.

A poco de llegar a la capital, le tocó presenciar, solitario, triste y asombrado, la euforia y entusiasmo de las festividades con que se recibió el advenimiento del siglo XX.

En uno de los paseos a la Estación Central que solía hacer para ver la llegada y partida de los trenes, vio a un guardiamarina, en quien creyó reconocer a uno de sus hermanos mayores. Aprovechando que el marino se había sentado a lustrarse los zapatos, se paró tímidamente frente a él. Tras un rato, para alegría suya, su hermano, quien seguramente sufría las mismas dudas que él, le gritó: "¿Qué haces aquí, Miguel Antonio?". Se estrecharon ambos en un emocionado abrazo, felices por este reencuentro.

En 1906, Miguel Aylwin egresó de la Escuela Normal con su título de profesor primario y fue designado "preceptor de Curanipe", cargo que no aceptó, pues tenía otras ambiciones. La más inmediata era obtener el título de bachiller e ingresar al Instituto Pedagógico a estudiar para profesor de historia. No era fácil tarea, pues

936-2

entre otros obstáculos estaba el aprender inglés, necesario para el bachillerato y que en la Escuela Normal no se enseñaba.

Miguel Aylwin se presentó al Director del "Trinity College", establecimiento cuyos profesores eran ingleses, varios de los cuales vivían en el establecimiento, y le solicitó ser recibido durante los meses de enero y febrero de 1907, período de vacaciones escolares, ofreciendo en cambio ayudar en toda clase de labores, incluso domésticas. Aceptado por el Director y su señora, pasó los dos meses en su hogar. Fueron días de aprendizaje, trabajo y estudio, durante los cuales se habló sólo en inglés. Así pudo salir airoso en la prueba del bachillerato en marzo de 1907 y cumplir su anhelo de estudiar historia.

Debía al mismo tiempo ganarse su sustento, lo cual logró desempeñándose como inspector en la Escuela Normal —donde siguió viviendo durante algún tiempo— y haciendo clases particulares. Se trasladó luego a vivir al hogar de la señora Luz Blest Gana, hermana del famoso escritor y diplomático, que recibía como pensionista a jóvenes estudiantes. Mujer culta e inteligente, mantenía una tertulia semanal, a la cual concurrían sus pensionistas y amistades que compartían inquietudes culturales, artísticas y políticas del mundo intelectual santiaguino de comienzos de siglo. Allí Miguel Aylwin conoció a muchos jóvenes que empezaban a distinguirse y trabó amistades duraderas para toda la vida, como la que tuvo con Rodolfo Leng, sobrino de la señora Blest, quien al perder a sus padres fue a vivir con ella. Este muchacho, después gran dentista y compositor musical, llegaría a ser Decano de la Facultad de Odontología de la Universidad de Chile y Premio Nacional de Música.

Mientras estudiaba en el Instituto Pedagógico, Aylwin se interesó especialmente por la psicología, cátedra que dictaba el notable maestro alemán Wilheim Mann. El primer cargo público desempeñado por Miguel Aylwin fue el de ayudante del Laboratorio de Psicología Experimental de la Universidad de Chile, el cual dirigía el Dr. Mann.



Miguel Aylwin
sobresalió en el foro como un profesional de notable capacidad.

Titulado de Profesor de Historia y Geografía en 1909, resolvió continuar estudiando, esta vez Derecho. Simultáneamente desempeñaba sus labores docentes como profesor de Historia y Geografía del Liceo de Aplicación y de la Escuela Militar, así como su trabajo de investigador en el Laboratorio de Psicología del Dr. Mann.

En 1910 viajó a Buenos Aires, integrando una delegación de universitarios chilenos al Congreso Latinoamericano de Estudiantes, celebrado con ocasión del Centenario de la Independencia Argentina; esa fue la única vez en su vida en que salió de Chile. Formaron parte de esa delegación, entre otros, Pedro Prado y Carlos Vicuña Fuentes, quienes luego tendrían destacada actuación en la vida nacional, el primero como poeta y escritor; el segundo, como profesor, polémico ensayista y abogado.

El fin de la soledad: la familia y el foro

En 1915 obtuvo su título de abogado, después de haber sido aprobada con distinción su memoria sobre "La ley de instrucción secundaria y superior". Culminó así una etapa de su vida, donde su inteligencia, tesón y energía se habían impuesto a circunstancias adversas.

De esos años data su vinculación con otros jóvenes estudiantes que más tarde se distinguirían al servicio del país. Con Raimundo del Río, Ernesto Barros Jarpa, Arturo Matte Larraín y otros, formaron el grupo que ellos mismos denominaron "los sociólogos", por su interés en esta disciplina, nueva en ese entonces.

De ese tiempo datan también su ingreso a la Masonería y su incorporación a la Juventud Liberal. Entre los años 1916 y 1917 llegó a ser presidente del Centro Liberal de Santiago, lugar de encuentro en esa época de muchos jóvenes con ideas renovadoras.

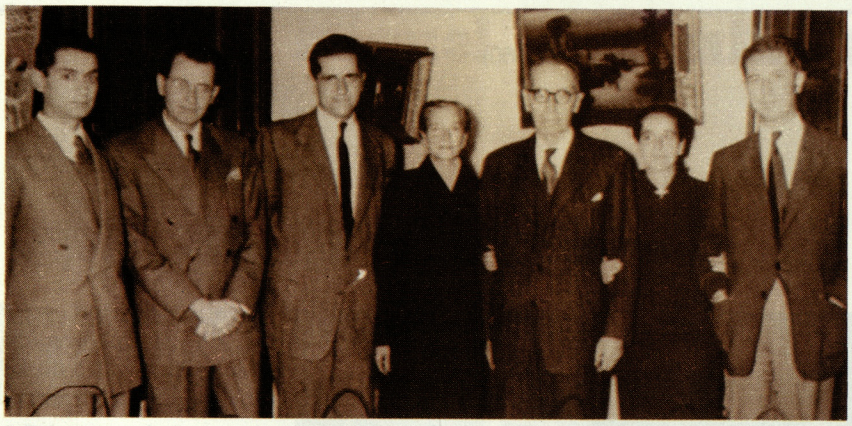
En enero de 1918 contrajo matrimonio con Laura Azócar Alvarez, con quien estaba de novio desde hacía varios años. Curiosamente o quizá precisamente por ello, el huérfano solitario pasó a ser un hombre para quien la familia, incluyendo no sólo a su esposa e hijos, sino también a hermanos, cuñados y sobrinos, era el centro de su vida, como lo fue siempre a lo largo del resto de su existencia.

Recién casado se trasladó a Valparaíso, donde se incorporó a trabajar al estudio de Guillermo Rivera, abogado de gran situación, senador y dirigente destacado del Partido Liberal, con quien trabajaba también su cuñado Guillermo Azócar, al que le unió una gran amistad durante toda su vida.

El trabajo como abogado no lo hizo olvidar su vocación de profesor, por lo cual se vinculó al Curso Fiscal de Leyes de Valparaíso, haciendo clases de Derecho Procesal y Administrativo.

Muy pronto Miguel Aylwin se destacó en el foro como un profesional de notable capacidad, estudioso, de gran claridad mental, penetrante argumentación y elocuencia, a quien se enco-

936-3



Miguel Aylwin *junto a su esposa, Laura Azócar Alvarez, y sus hijos (de izquierda a derecha): Tomás, Patricio, Arturo, Carmen y Andrés.*

mendaron importantes y difíciles defensas, en las cuales tuvo relevantes éxitos.

Sus expectativas aparecían brillantes. Súbitamente una grave enfermedad las echó por tierra, una tuberculosis pulmonar fulminante, cuya intensidad hizo que los médicos lo consideraran un caso sin remedio. Desahuciado, un médico amigo le recomendó un sanatorio que acababa de instalarse en Diaguitas, en el Valle del Elqui. Gracias a la ayuda de sus cuñados Guillermo y Luis Azócar, a la hospitalidad de la familia serenense Alvarez Fiderit y, sobre todo, al coraje y abnegación de su mujer, Laura, que lo impulsó a viajar a ese lugar remoto y lo acompañó junto a su hijo de pocos meses, Miguel Aylwin se sometió durante seis meses a un tratamiento adecuado en un clima benigno. Ello fue posible sólo por su fuerza de carácter, por el amor y entereza de su mujer. Se produjo el milagro de una curación total, al extremo que años después, al examinarlo, los médicos ponían en duda que alguna vez hubiera tenido una tuberculosis pulmonar.

El gran magistrado

Vuelto a Valparaíso luego de su restablecimiento, decidió renunciar a muchas de sus inquietudes y aspiraciones, a fin de poder llevar la vida tranquila y ordenada que creía indispensable para mantener su salud, olvidándose del ejercicio libre de su profesión y de la política. Se trasladó a vivir a Villa Alemana, procurando además ingresar al Poder Judicial, lo cual logró en 1924 al ser designado relator de la Corte de Apelaciones de Valparaíso.

Junto con dar ese paso, escogió para su vida el camino del retraimiento en su hogar y su trabajo. En este último, las cualidades mostradas desde su niñez lo convertirían en una figura ejemplar en la judicatura chilena. A su clara y aguda inteligencia, unía un espíritu de trabajo que no dejaba nada a la improvisación. Como antes lo hiciera con sus exámenes, las clases que impartía, las defensas que tomara a su cargo, y ahora con los fallos que le correspondía dictar, todo era fruto de larga y concienzuda meditación y estudio, pero eso no impedía que jamás se atrasara en algún trabajo. Su integridad moral lo hacía entender en forma poco usual que debía velar por su independencia como juez; así ningún vínculo, simpatía o afecto y mucho menos las presiones de los poderosos, afectaron su imparcialidad y objetividad para hacer justicia. Se alejó de su partido, de la Masonería y hasta de las reuniones sociales. Siguió manteniendo sus amistades a las que siempre brindó su afecto, pero a la vez procuró mantenerse inadvertido, refugiado en su trabajo y su familia.

En abril de 1927 fue nombrado Ministro de la Corte de Apelaciones de Valdivia y en 1929 pasó a Santiago. No obstante su bien ganado prestigio, pasaban los años sin que ascendiera a la Corte Suprema. Si bien su nombre figuró durante años en las quinas, el Poder Ejecutivo no lo designaba. Jamás aceptó hacer gestiones para lograr su nombramiento ni que otros las hicieran por él. A su juicio, otra actitud atentaría contra su independencia y su dignidad de juez. Al fin en 1946, Alfredo Duhalde, quien había sido alumno suyo y se desempeñaba como Vicepresidente de la República, ordenó rehacer el decreto que designaba Ministro de la Corte Suprema a un integrante de quina donde figuraba una vez más Miguel Aylwin designando a este último.

Culminó su carrera judicial cuando en 1957 fue elegido por sus pares Presidente de la Corte Suprema, cargo que desempeñó hasta 1960. A fines de abril de ese año, mientras terminaba su período como Presidente del más alto Tribunal, se acogió a jubilación, poniendo término a una de las más brillantes y prestigiosas carreras de nuestro Poder Judicial.

Como magistrado, Miguel Aylwin se caracterizó por su celo y diligencia en el desempeño de sus labores, su severidad unida a una gran sencillez humana, su extraordinaria capacidad de trabajo, la claridad y penetración de su raciocinio y, por encima de todo, su insobornable voluntad de hacer justicia.

El Presidente de la República de esa época, Jorge Alessandri Rodríguez, con oportunidad de su retiro, le manifestó por escrito: "Durante un lapso de más de treinta y seis años, Ud. enalteció con su sabiduría y su ecuanimidad la noble función de administrar justicia, concitando en torno suyo no tan sólo el aprecio de cuantos laboraron a su lado, sino también el general respeto de la ciudadanía y particularmente el de quienes, alguna vez, debieron someterse a sus decisiones de magistrado, lo que no siempre ocurre a los llamados a ejercer la delicada misión de dirimir contiendas que afectan a intereses ajenos".

Miguel Aylwin se retiró a su casa en San Bernardo, en la que vivía desde 1928. Allí pasó los últimos años de su vida, rodeado por el cariño de su familia, el afecto de sus amigos y el respeto de todos. Sufrió la pena de ver morir a su esposa en 1969, pero tuvo la felicidad de ver que sus hijos eran dignos herederos de su nombre.

El 2 de julio de 1976, a los ochenta y ocho años de edad, falleció Miguel Aylwin, magistrado que fue la viva representación de un juez y de un hombre. Le sobrevivían sus hijos Patricio, Carmen, Andrés, Arturo y Tomás □